

A VOUS LA BALLE*

Stanley Ellin

--Traducción de Mario Arrubla--

La historia de Madame Lagrue, la más próspera y tristemente célebre marchante de malos cuadros de Butte Montmartre; de O'Toole, el pintor desnutrido; de Fátima, la modelo vengativa que amaba a O'Toole, y de lo que pasó entre ellos, comienza propiamente en la galería de Madame Lagrue en la calle Hyacinthe.

Es posible que en las paredes de la Galería Lagrue se exhibiera el peor arte del mundo. Madame, por supuesto, no sabía eso, y cabe suponer que tampoco lo sabían sus clientes. Para Madame, los cuadros colgados en las paredes de su galería, desde los paisajes grisáceos hasta los graciosos gatitos con las cabecitas asomadas en un par de botas, eran todos bellísimos.

*A vous la balle /a vu la bal/ -Coloquialismo francés que significa: -A usted le toca. -Es su turno.

Esa era la primera razón de su fantástico éxito como marchante especializada en obras de bajo precio: su gusto abominable.

La segunda razón era que, mucho antes que cualquiera de sus competidores, Madame Lagrue había previsto el retorno de la prosperidad en la lejana América. Después de la guerra, parecía que en ese dorado país las personas maduras de clase media habían desarrollado un furioso apetito, como lo decían hábilmente los folletos de Madame, *por obras de arte genuinas, de precios razonables, pintadas en lienzos de primera calidad por grandes artistas franceses.*

Así, cuando la débil corriente de decoradores de interiores norteamericanos y de compradores de grandes almacenes se convirtió en una ola que llegó hasta lo alto de Butte-Montmartre, Madame estaba preparada para ello. Antes de que sus competidores de Place du Tertre, a la sombra del Sacre-Coeur, se percataran de lo que estaba sucediendo, ella había capturado la mayor parte del mercado, y cuando otros vendían de vez en cuando un cuadro a un turista de paso, ella vendía cuadros al por mayor.

Luego, habiendo creado un mercado de vendedores entre los artistas que pintaban los gatitos y los payasos, Madame se las ingenió para no ser víctima de alguna ley económica que le hiciera pagar precios crecientes por esa mercancía.

En este punto, su talento como marchante emergió de manera brillante.

La mayor parte de los artistas con que trataba eran una caterva de muertos de hambre, harapientos y carentes de energía, y, como Madame alegremente observaba, lo único que necesitaban era alguna plata de bolsillo. No tanta que los corrompiera, por supuesto; sino apenas lo suficiente para el arriendo, la comida, la bebida y los materiales indispensables para pintar sus cuadros.

Así, mientras los competidores de Madame, carentes de capital, sólo ofrecían sueños de gloria –le ponían a un cuadro un precio de 100 francos y prometían darle la mitad al pintor cuando el cuadro se vendiera– Madame ofrecía la realidad de 20 o 30 francos contantes y sonantes. O, quizás, sólo 10 francos. Pero era un precio pagado en efectivo, y eso le aseguraba a Madame la primera opción sobre los trabajos de los artistas que eran sus proveedores.

Existía un peligro, y era que los pintores, advirtiendo que Madame dependía a su vez de ellos, se sintieran en una posición fuerte para negociar. A fin de quitarles cualquier ilusión al respecto, Madame inventó un método de negociación con sus proveedores que habría arrancado un gesto de admiración al mismo Torquemada.

El pintor, cuadro en mano, era invitado a presentarse en la oficina de Madame, un cuchitril frío y húmedo con apenas

espacio para un viejo escritorio de tapa corrediza y una silla giratoria, y un caballete donde se colocaba la pintura que iba a ser inspeccionada. Madame, con un sombrero bien plantado en la cabeza para afirmar su feminidad –el sombrero semejaba una gran maceta negra colocada de revés con un ramillete de flores grisáceas en su cima– se sentaba como una emperatriz en su silla giratoria y miraba la pintura con una expresión de disgusto, los ojos entrecerrados y los labios apretados mientras examinaba los detalles. Luego, en un pedacito de papel, cubriendo éste cuidadosamente con la otra mano para que no se viera, escribía una cifra.

Era el precio que el artista debía acertar. Si pedía un solo franco más que la cifra anotada en el papel, su cuadro era rechazado en el acto. No había una segunda oportunidad, el artista no tenía chance de negociar. Podía haber salido de su cuartucho en la calle Norvins confiado en que la obra que llevaba bajo el brazo valía por lo menos 50 francos. En mitad del camino hacia la calle Hyacinthe su confianza se había debilitado; bajaba el precio a 40 e incluso a 30 mientras imaginaba el rostro curtido de Madame mirándolo desde su silla. En el momento en que ponía la pintura en el caballete estaba dispuesto a transarse por 20, anhelando que la cifra que ella había anotado misteriosamente en su papel no fuera diez.

“A vous la balle”, profería Madame, queriendo decir que

al artista le tocaba comenzar el juego. “¿Cuánto?”

Treinta, podía pensar el artista con desespero. Cada hoja de esos árboles está pintada a la perfección. Se puede oír el borboteo del agua de ese arroyo. Esto vale por lo menos 30. Pero ahí estaba esa mirada agria en el rostro de la vieja tacaña. –Quizás hoy no está de humor para arroyos y árboles—

“¿Veinte?” preguntaba débilmente, con un sudor frío corriéndole por la frente.

Madame levantaba el pedacito de papel para que lo leyera él mismo, y cualquier cosa que leyera lo llenaba de rabia e impotencia. Si había pedido muy poco, sólo podía maldecir su falta de coraje. Si había pedido mucho, significaba que no habría venta, y era inútil armar un alboroto por ello. Madame no toleraba los alborotos, y como tenía la constitución fuerte y el genio pronto de un mozo de labranza normando, había que respetar su susceptibilidad sobre este punto.

No, lo único que podía hacerse era llevar la pintura rechazada a Florelle, el marchante a una cuadra de allí, y ofrecérsela para venta en comisión, lo cual significaba que había que esperar un buen tiempo o indefinidamente para obtener alguna compensación por ella. O si Madame compraba el cuadro, recibir la suma miserable que ella ofrecía y salir directamente hacia el vecino Café Hyacinthe a tomar unas

copas para calmar los nervios. Aparte de la misma Madame Lagrue, el Café Hyacinthe era el que más provecho sacaba del método de negociación de la marchante con los pintores.

A vous la balle. La expresión llegó a ser un amargo chiste entre los pintores que vendían sus cuadros a Madame, un saludo que como una burla cruel se dirigían a veces unos a otros, el graznido de un pájaro de mal agüero que como una pesadilla invadía sus sueños y que sólo podía ser acallado con la fantasía de un puñetazo asestado sobre la bulbosa nariz de Madame Lagrue.

Entre todos ellos, el peor tratado por Madame –sin que, por lo demás, pareciera sufrir bajo su opresión– era O’Toole, el pintor norteamericano que había llegado a Butte-Montmartre hacía tiempo en función de su arte. Era por lo menos tan desharrapado, descuidado y desnutrido como los otros, pero vivía con una sonrisa perpetua en los labios, sostenido por su amor a la pintura y por el *marc* más barato que el Café Hyacinthe ofrecía a sus clientes.

El *marc* es destilado de la pulpa de la uva que queda en el barril después de que el vino es prensado, y cuando el vino es un Romanee-Conti de un buen año, su *marc* constituye una bebida excelente. El *marc* del Café Hyacinthe, por su parte, era destilado de manera descuidada, a veces incluso subrepticamente, de la pulpa de uvas sin madurar, de

donde resultaba el más barato *vin du pays*, con el gusto y el efecto de una poción de gasolina aromatizada con uva.

Por lo que parecía, el *marc* era todo el sustento que O'Toole necesitaba para pintar una sucesión interminable de escenas pastorales al estilo de la Escuela de Barbizon. Los componentes de cada escena cambiaban poco –un estanque, una cañada floreada, un pequeño grupo de abedules– pero O'Toole variaba su arreglo, a veces poniendo los árboles en un lado del estanque, a veces en el otro. El calor de una botella de *marc* en su estómago, la sensación del pincel en su mano, esa era toda la felicidad que O'Toole le pedía a la vida.

Había pasado tiempos muy duros antes de ser acogido en los establos de Madame. En la temporada de turistas de cada año había trabajado en un stand cerca de Place du Tertre haciendo rápidos retratos al carboncillo –*Parecido garantizado o le devolvemos su dinero*–, pero el negocio nunca fue bueno: aunque el parecido era innegable –imágenes fieles, ingenuas y agradables– los retratos carecían de inspiración. Su corazón no estaba en ellos. Árboles y cañadas y charcas con muchas flores, esos eran los motivos que lo inspiraban. Encontrar que Madame estaba dispuesta a pagarle por ellos fue el mayor descubrimiento de su vida. Y él fue a su vez el descubrimiento más feliz de Madame. Esas escenas bucólicas, advirtió rápidamente ella,

tenían mucha demanda entre los norteamericanos. Se vendían tan pronto las ponía en exhibición.

O'Toole se sintió al principio aterrado ante el método de negociación de Madame. Su primera terrible experiencia, el día que advirtió que la sobrevaloración de un cuadro no podía ser rectificadada y que debía marcharse con su pintura pastoril bajo el brazo, había sido suficiente para quebrar su espíritu. Desde ese día todo lo que pedía eran 20 francos por un cuadro grande y diez por uno pequeño, y de ese modo llegó a establecer una relación casi feliz con Madame Lagrue.

El único conflicto en esa relación fue una vez que Florelle, que tenía su tienda al frente del Café Hyacinthe y que, aunque marchante, no era mala persona, logró convencerlo de que le diera una de sus pinturas en comisión. La próxima vez que O'Toole fue donde Madame Lagrue quedó consernado al descubrir que ella lo miraba con abierta ojeriza.

“No hay compra”, dijo ella secamente. “No hay negocio. No estoy interesada”.

O'Toole echó una mirada confusa a su cuadro en el caballete, tratando de entender qué estaba mal.

“Pero es bello”, dijo. “Mírelo. Mire esas flores. Gasté tres días sólo en esas flores”.

“Usted me partió el corazón”, dijo Madame. “Ingrato. Traidor. Usted tiene ahora otro marchante. Llévelo a él esas flores obscenas”.

Al final O'Toole tuvo que reclamarle su cuadro a Florelle y pedirle perdón a Madame, casi con lágrimas en los ojos. Y Madame, pensando en la cantidad de paisajes que O'Toole pintaría para ella, laborando todos los días hasta que estuviera borracho como una cuba, casi derramó lágrimas de emoción ella misma. Los paisajes le reportaban por lo menos 100 francos cada uno, y el cálculo de una ganancia de más del 500 por ciento es capaz de poner sentimental a cualquier marchante de arte.

Fátima entró entonces en escena.

Ese no era su nombre, por supuesto; así la había bautizado algún bromista del Café Hyacinthe cuando ella empezó a frecuentarlo entre sus sesiones de pose para clases de modelo vivo. Era una pequeña argelina de tez morena, de rasgos faciales simples pero con unos ojos maravillosos, oscuros y aterciopelados, una cabellera negra como el carbón que le caía enmarañada hasta la cintura, y una estilizada figura. Era también conocida por tener el peor carácter entre todos los que frecuentaban el café y, con algunos tragos, la boca más sucia.

“No tiene todavía dieciocho años”, observó una vez el camarero, impresionado, viéndola despedir sin ceremonias a un pobre pintor que se había sentado a su mesa sin ser invitado. “¿Se imaginan cuando sea mayor?”

Tenía también su lado sentimental. Lloraba sin empacho en las escenas tristes de las películas, cuando los amantes se separaban o cuando un niño era maltratado, y solía recoger gatitos abandonados y llevarlos a su cuarto de la calle Saulles, hasta que la portera, que no tenía nada de sentimental, puso el grito en el cielo.

Así, aunque fue algo inesperado, los clientes del Café Hyacinthe no se sorprendieron mucho cuando vieron el interés de Fátima por O'Toole un día de lluvia en que éste llegó a trompicones al café y se detuvo en la puerta mojado hasta los huesos, estornudando y, de manera ostensible, con un aire todavía más desvalido que los gatitos extraviados que la portera de Fátima le prohibía llevar de la calle. Fátima estaba sola en su mesa acostumbrada, bebiendo su segundo Pernod. Sus ojos se detuvieron en O'Toole, observándolo de pies a cabeza, y un brillo de interés despuntó en ellos. Le hizo señas con la mano.

“Hey, tú. Ven aquí”.

Era la primera vez que ella invitaba a alguien a su mesa. O'Toole miró por encima de su hombro para ver quién lo llamaba y luego se señaló a sí mismo.

“¿Yo?”

“Sí, tú, imbécil. Ven aquí y siéntate”.

Él obedeció. Y Fátima no sólo le ofreció una botella de vino sino que pidió prestada una toalla al camarero para secarle

el pelo mojado. Los clientes de las otras mesas miraban boquiabiertos cómo lo secaba, con la cabeza de O'Toole yendo dócilmente de acá para allá bajo las manipulaciones de ella.

“Usted es todo un caso, ¿verdad?”, le dijo a O'Toole. “¿No tiene suficiente sensatez para llevar un sombrero bajo la lluvia de modo que no se esté matando con este tiempo espantoso?”

“¿Un sombrero?”, dijo O'Toole vagamente.

“Sí, imbécil. Eso que se usa para mantener la cabeza seca bajo la lluvia”.

“Oh”, dijo O'Toole. Después musitó en tono de tímida disculpa. “No tengo sombrero”.

Todos en el café vieron estupefactos cómo Fátima le daba palmaditas en la mejilla.

“Está bien, nene”, dijo. “Alguien dejó un sombrero olvidado en mi cuarto la semana pasada. Cuando salgamos de aquí me vas a acompañar y te lo daré”.

Todo ocurrió después en la misma forma repentina. Y hasta para el más cínico espectador resultó claro que Fátima se había enamorado locamente de ese gato extraviado. Comenzó a bañarse regularmente, a desenredarse las marañas del pelo, a aparecer en el café llevando vestidos recientemente lavados y planchados. Y –el signo más dicente– los morados y señas de mordiscos que le dejaban

en el cuello y los hombros sus ocasionales compañeros nocturnos no volvieron a verse.

Fátima mimaba a O'Toole de manera apasionada. Lo hizo mudar al cuarto de ella, con todas sus pertenencias, incluido el caballete. Se ocupó de que se alimentara y vistiera decentemente. Amenazó al camarero con cortarle el cuello si volvía a servirle a su hombre ese venenoso *marc* en lugar de un vino bebible; y juró vaciarle las tripas a cualquiera que hiciera el menor comentario desobligante sobre su *grand amour*.

Nadie en el café ni en parte alguna de Butte-Montmartre hizo el menor comentario. De hecho, con una sola excepción, todos consideraban la situación más bien conmovedora. La excepción fue Madame Lagrue.

A Madame no sólo la escandalizaban las pinturas de desnudos –en su opinión, proclamada a voces, el propio Louvre debería quemar sus sucias exhibiciones de desnudos– sino que el solo hecho de saber que las degeneradas modelos de esas pinturas transitaban por las mismas calles que ella bastaba para revolverle el estómago. ¡Y ahora resultaba que una de esas mujeres venales y degradadas había venido a apoderarse de una propiedad tan preciada como O'Toole!

Madame advirtió la corrupción sufrida por O'Toole el día en que apareció ante ella dandificado de manera irreconocible. El traje gastado era el mismo, pero había sido lavado y

remendado. Los zapatos estaban todavía raídos, pero las cuerdas anudadas habían sido remplazadas por cordones. Las mejillas estaban afeitadas por primera vez desde que lo conocía, y, para la mirada minuciosa de Madame, no parecían ahora tan enjutas. En conjunto, era el triste espectáculo de alguien que había sido un artista consagrado a su trabajo y que de pronto aparecía acicalado y engordado como un lechón para llevar al mercado, y, sin duda, con el veneno de la codicia inyectado en la sangre por la putilla que lo estaba acicalando y engordando. Era fácil imaginar la manera en que Fátima lo debía haber aleccionado para que demandara un precio absurdo por el paisaje en el caballete. Bien, decidió sombríamente Madame, si una confrontación era inevitable, lo mejor era que se diera de una vez.

Madame observó el paisaje y a un O'Toole que estaba allí mirando su propio cuadro con sonrisa orgullosa, luego escribió en su pedacito de papel el precio usual de 20 francos.

"Vamos", dijo ella con aspereza, "*a vous la balle*. Diga su precio. Yo soy una mujer muy ocupada. No tengo todo el día para tonterías como esta".

O'Toole dejó de sonreír. En el momento de salir para la galería había sido amonestado por Fátima para que pidiera 100 francos por esta pintura.

"Bobo", le había dicho cariñosamente, "has gastado una semana de trabajo en esta cosa. Florelle me dijo que una

pintura así representaba por lo menos cien francos de ganancia para la vieja arpía. No puedes dejar que te siga chupando la sangre. Si esta vez te ofrece veinte o treinta francos, escúpele su asqueroso rostro”.

“Sí, esta vez”, dijo O’Toole envalentonado.

Ahora, con los ojos despiadados de Madame fijos en él, sonrió con menos valor. Abrió la boca para hablar, la cerró, la abrió de nuevo.

“¿Bien?” dijo Madame en tono terminante.

“¿Veinte francos estarían bien?”, articuló al fin O’Toole.

“Sí”, dijo Madame triunfante.

Fue el primero de sus muchos triunfos sobre la influencia nefasta de Fátima. Un triunfo todavía mayor, del que Madame ni siquiera se enteró, ocurrió la vez en que Fátima anunció su decisión de acompañar a O’Toole en su próxima visita de venta. Si él no tenía agallas para negociar como había que hacerlo, ella, a Dios gracias, las tenía y de sobra. O’Toole, después de dirigirle una larga mirada atribulada, comenzó a empacar sus pinturas.

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó.

“Me marcho”, dijo O’Toole con una dignidad que asombró y alarmó a Fátima. “Eso no está bien. Una mujer no debe meterse en los negocios de su esposo”.

“¿Esposo? Nosotros no estamos casados, estúpido”.

“¿No estamos casados?”

“No, no lo estamos”.

“De todos modos, me marchó”, dijo O’Toole. “Yo no quiero que nadie me ayude a vender mis pinturas”.

Le costó a Fátima un mar de lágrimas y dos botellas de *vin rouge* hacerlo desistir de su decisión, y nunca más volvió a cometer ese error. Vio que era una causa perdida. Aparte de pintar, todo lo que deseaba O’Toole en la vida era tener a su disposición un mercado en efectivo para sus pinturas, y Madame Lagrue, al ofrecerle uno, había hecho como el demonio: le había comprado el alma.

Antes de tener cabal conciencia de esto, Fátima simplemente detestaba a Madame Lagrue. Ahora empezó a odiarla con toda el alma. ¿Cómo vengarse de esta vieja malvada, cómo infligirle un castigo vindicativo que le hiciera lanzar alaridos de dolor? Muchas noches Fátima se dormía con expresión feliz imaginando actos de venganza en que entraban en juego hierros al rojo. Y al día siguiente despertaba desanimada sabiendo lo fútiles que eran esos felices pensamientos.

Entonces natura entró a jugar su carta.

O’Toole, como ocurre con frecuencia, fue de los últimos en enterarse. Recibió el anuncio con sincero asombro.

“¿Vas a tener un niño?”, dijo, como si no acabara de entender.

“Vamos a tener un niño”, corrigió Fátima. Los dos. Ya está en camino. ¿Es claro?”

“Sí, por supuesto”, dijo O’Toole, con aire de circunstancias. “Un bebé”.

“Exacto. Y eso significa algunos cambios importantes. Por una parte, significa que ahora vamos a casarnos realmente, porque mi hijo no va ser un bastardo de padre desconocido. Va a tener una buena mamita y un buen papito, y una buena casita donde crecer. Tú no eres casado, ¿verdad?”

“No”.

“Bueno. Correré el riesgo a ese respecto. Y por otra parte, nos vamos de París. Estoy hasta la coronilla con este lugar horrible, y creo que tú también. Empacamos y nos vamos a mi pueblo en Argelia. A Bougie, donde el niño gozará del sol. Mi tía y mi tío tienen un café allí, un café muy agradable, y no tienen hijos propios, así que darán cualquier cosa por que yo les ayude a manejar el negocio. Tú, entretanto, puedes pintar”.

“Un bebé”, dijo O’Toole. Para gran alivio de Fátima, él parecía contento con la idea. Luego su rostro se ensombreció. “Bougie”, dijo. “¿Pero cómo venderé mis pinturas?”

“Se las envías a tu vieja arpía. ¿Crees que ella va a rechazar semejantes gangas sólo porque le llegan por correo?”

O'Toole consideró la idea sin entusiasmo. "Tendré que hablar con ella sobre eso".

"No, yo lo haré, sea que lo quieras o no", dijo Fátima, jugándose el todo por el todo. "De todos modos, tengo otro tipo de negocio que tratar con ella".

"¿Qué negocio?"

"Plata. Necesitamos mucha para ir a Bougie y conseguir allá una casa. Y no sería malo tener algunos francos extras para las malas épocas del año, de manera que él pueda tener un par de zapatitos cuando los necesite".

"¿Él?"

"O ella. Los gastos con una niña son todavía mayores, si a eso vamos. ¿O preferirías ver a tu hijita vendiendo su inocente cuerpecito tan pronto como empiece a salir a la calle?"

O'Toole sacudió la cabeza enérgicamente ante esa horrible sugerencia. Luego miró interrogativo a la futura madre.

"Pero ese dinero..." dijo. "¿Tú crees que Madame Lagrue nos lo dará?"

"Sí".

Finalmente, él encontró la manera de expresar una opinión firme. "Tú estás loca", dijo.

"¿Eso crees?" replicó Fátima. "Bueno, bobalicón, déjame a mí y verás si estoy tan loca. Y te lo digo claramente. Si no me dejas manejar a mi manera a esta hiena miserable, te entregaré a la policía por hacerme un hijo sin casarte

conmigo, y te van a meter a la cárcel durante veinte años. Un pintor no puede hacer nada en la prisión. Simplemente pasarse sentado pudriéndose hasta que se haga viejo. ¿Entiendes?”

Por primera vez en la vida O’Toole se encontró frente a una presencia todavía más abrumadora que la de Madame Lagrue.

“Sí”.

“Okey, entonces”, dijo Fátima. “Ahora, prepara una buena tela. Vas a pintarme un cuadro”.

Fue así como una semana después Fátima apareció en la Galería Lagrue portando una enorme pintura toscamente envuelta en papel periódico. La asistente de Madame, una joven pálida y tímida, trató de impedirle la entrada en la oficina, pero fue apartada de un empujón.

Madame estaba en su escritorio. A la vista de su visitante que portaba lo que debía ser un O’Toole original, se estremeció de indignación.

“¡Fuera!”, dijo. “¡Fuera! Yo no hago negocios con personas como usted”.

Fátima respondió a esto con una sola palabra impubliable. Cerró la puerta de la oficina con una patada hacia atrás, puso la pintura en el caballete y quitó los papeles que la envolvían.

“¿Su negocio es rechazar obras maestras, vieja arpía?” preguntó. “Pues mire esta”.

Madame Lagrue miró. Luego miró de nuevo, los ojos desorbitados por el horror.

La pintura era la más grande que O’Toole le había ofrecido nunca, y no era el paisaje acostumbrado. No, esta vez se trataba de un desnudo. Un cuerpo exuberante y curvilíneo, completamente expuesto, sin una sola pulgada dejada a la imaginación. Y viendo a Fátima, parada al lado de la pintura, con su blusa y su falda bien ceñidas y notablemente reveladoras, no había dudas sobre quién había sido la modelo. La figura era de colores rosa y blanco poco inspirados, no de tez morena como Fátima, pero obviamente era el cuerpo de Fátima el que había sido meticulosamente delineado en el lienzo.

Pero con ello apenas empezaba el horror, porque mientras el desnudo mostraba a Fátima del cuello para abajo, era –para colmo de abominación– la misma Madame Lagrue del cuello hacia arriba. El rostro severo que miraba a Madame desde el caballete era el propio rostro de Madame: fotográficamente exacto, los ojos vidriosos, la maceta negra puesta de revés en la cabeza, con las flores grisáceas brotando en su cima.

“Una obra maestra”, dijo Fátima con voz dulce.

Madame hizo un ruido estrangulado con la garganta, luego pudo articular. "¡Qué insulto! ¡Qué ultraje!"

Se puso de pie dispuesta a hacer trizas el ultraje, y de repente un avieso cuchillo de cocina brilló en la mano de Fátima. "Ponga un solo dedo en este cuadro antes de comprarlo, y le cortaré la nariz, vieja puerca".

"¿Comprar?" Madame no podía dar crédito a sus oídos. "¿Usted cree que yo voy a comprar una obscenidad como esa?"

"Sí. Porque si no lo compra, se lo voy a entregar a Florelle en comisión. Y él con mucho gusto lo va a poner en mitad de su vitrina, donde todos en Butte-Montmartre puedan verlo. Después, todos en París. Esos americanos estafalarios con que usted hace negocios lo verán también. Tendrán la oportunidad de verlo, vieja chupasangre, porque le daré instrucciones a Florelle de no venderlo por ningún precio antes de un año. Para él será conveniente mantenerlo un buen tiempo en su vitrina para atraer a la gente. Así que piénselo. Piénselo despacio y con cuidado. Yo no tengo prisa".

Madame pensó y pensó cuidadosamente durante un buen rato. Consideró la situación y su impotencia –ese cuadro horrible que tanto deseaba destruir, la expresión fiera de la muchacha con su cuchillo, esa escena que no se podía volver a repetir. "Voy a tener que pagar un guardaespaldas", se

dijo con una punzada de dolor. Habló al fin con amarga resignación:

“Es una chantaje. Un claro chantaje. Una extorsión, nada más que eso”.

“Ha dado en el clavo exactamente”, dijo Fátima con alegre desparpajo.

Madame preguntó con cautela: “¿Qué pasa si me someto a este chantaje? ¿Puedo hacer lo que quiera con este objeto repugnante?”

“Lo que quiera. Si paga su precio”.

“¿Y cuál es el precio?”

Fátima se llevó la mano al bolsillo y sacó un pedacito de papel doblado que sacudió de manera provocadora fuera del alcance de Madame.

“El precio está anotado aquí. Todo lo que usted tiene que hacer es acertarlo, y el cuadro es suyo. Pero recuerde esto. Ofrézcame menos de lo que está escrito en este papel, y no hay negocio. No habrá una segunda oportunidad. Usted no tiene sino un turno en este juego, eso es todo. Intente ahorrarse algún dinero, y el cuadro irá directamente a la vitrina de Florelle”.

“¿Qué clase de juego es este?” exclamó rabiosa Madame. A continuación agregó, como si comentara para un tercero: “Un juego, dice ella. Me avengo a negociar con esta criatura, y ella habla de juegos”.

“Buitre”, replicó Fátima. “Destructor de artistas desvalidos. ¿Acaso no sabe todo el mundo que esa es la manera como usted negocia? *A vous la balle*, ¿eh? Por favor, cava tu tumba, artista, y entiérrate a ti mismo. ¿No es así como funciona la cosa? Bueno, ahora es su turno de aprender lo que se siente”.

Madame abrió ampliamente los brazos en lastimera súplica. “¿Pero cómo puedo saber cuánto pretende robarme? ¿Cómo puedo adivinar por cuánto puedo comprarlo?”

“Es verdad”, admitió Fátima. “Bien, yo soy de buen corazón, así que le daré una pista. Mi hombre y yo vamos a mudarnos a Bougie en Argelia, y necesitamos dinero para el viaje. Y algunos vestidos decentes y un baúl donde ponerlos. Y deseamos comprar una casita allá—”

“¡Una casa!”, exclamó Madame, con la sangre abandonando su rostro.

“Una casa pequeña. Nada especial, pero debe tener electricidad. Y una bicicleta con motor para ir por ahí”.

Madame Lagrue apretó fuertemente las manos contra su pecho y se balanceó de un lado a otro en la silla. Desvió la mirada hacia lo alto.

“Dios mío” gimoteó, “¿qué he hecho yo para merecer esto?”

“Y”, dijo Fátima implacable, “una pequeña propina, un poco de dinero extra para guardar en el banco como hace la

gente respetable. Así es como veo mi futuro, señora. Usted tiene bien puesta la cabeza sobre los hombros, así que no le debe resultar difícil hacer el cálculo". Levantó el papelito plegado. "Pero cerciórese de que su aritmética esté bien. Recuerde, sólo tiene una oportunidad para adivinar lo que está escrito aquí. Aunque seré clemente: aceptaré un cálculo que por lo menos resulte aproximado".

En su rabia y frustración, Madame se puso a tantear locamente con cifras elusivas. Viaje a Argelia, 300 francos. No, 400. No, digamos mejor 500, para estar segura y no tener que lamentarlo. Otros 500 para los vestidos necesitados por este par de vagabundos. Pongamos 100 para un baúl. ¡Pero una casa, incluso una casucha de barro, con electricidad! Madame lanzó un gemido. Por todos los demonios, ¿cuánto podría costar eso? Posiblemente 700 u 800 francos. Y una propina, había dicho la zorra, y una bicicleta con motor. Era imposible tratar de sumar todo eso de manera exacta. Lo mejor era redondearlo en 10.000 francos.

¡Diez mil francos! Madame sintió como si un viento frío estuviera soplando en torno a ella, como si hubiera sido enterrada viva bajo una avalancha de nieve.

"Bueno", dijo Fátima cruelmente. "Acabemos. *A vous la balle, Madame*".

"Yo tengo la ley de mi lado", dijo Madame con voz ronca. "Haré que la policía destruya ese monstruoso objeto".

“Ahórrese las palabras, vieja tacaña. Esta es una obra de arte, y usted sabe tan bien como yo que no se puede destruir una obra de arte por el solo hecho de que pueda molestar a alguien. Basta ya de ridiculeces. ¿Cuál es su oferta?”

Madame miró el pedazo de papel en la mano de su torturadora. Oh, si pudiera echarle una mirada a lo que está escrito en él—

“Diez mil”, dijo con voz ahogada.

La mirada de desprecio en el rostro de Fátima, la mueca de burla en su boca, le dijeron a Madame que había hecho un cálculo equivocado, que se había quedado corta. Pensó en las aglomeraciones ante la vitrina de Florelle mirando el cuadro con obscena delicia; pensó en los espectadores ante su propia vitrina, lanzando miradas lascivas, codeándose maliciosos unos a otros, y deseando echarle un vistazo a ella personalmente. No iba a ser capaz de volver a salir a la calle. En un mes quedaría por fuera del negocio, o en una semana—

“¡No, espere!” gritó. “Quise decir quince mil. Por supuesto, quince mil. No sé lo que me pasó. Fue un *lapsus linguae*”.

“Usted dijo diez mil”.

“Juro que fue un error. Acepte quince mil. Insisto en que los acepte”.

Fátima miró su pedazo de papel. Se mordió el labio, sopeando el caso en su mente. "Muy bien, seré misericordiosa. Pero quiero mi dinero ahora mismo".

"Yo no tengo tanto dinero en efectivo aquí. Enviaré a la muchacha al banco".

"Y deseo un papel que muestre que el trato es estrictamente honesto".

"Sí, por supuesto. Se lo haré mientras esperamos".

La pálida y tímida asistente debió haber corrido como un gamo. Estuvo en poco tiempo de regreso con un sobre lleno de billetes de banco que entregó a Madame a través de la puerta parcialmente abierta de la oficina. Las lágrimas corrían por las mejillas de Madame cuando le entregó el dinero a Fátima.

"Esta es sangre de mi vida", dijo Madame. "Usted me ha dejado seca, criminal".

"Mentirosa, usted ha hecho millones con el trabajo de sus pobres pintores", replicó Fátima. "Es hora de que por lo menos uno de ellos reciba lo que usted le debe".

Cuando fue a salir, arrugó el papel en su mano y como al descuido lo dejó caer al piso.

"Usted no tiene que ir a sacarnos al aeropuerto", dijo a manera de despedida. "Quédese aquí y goce su cuadro".

Tan pronto Fátima salió de la oficina y cerró la puerta, Madame recogió el papel arrugado del piso y lo abrió con

mano temblorosa. Sus ojos, cuando vio la cifra escrita en él con trazos grandes e infantiles, casi se le salieron de las órbitas.

¡Veinte francos!

Madame se puso a dar puñetazos salvajes sobre su escritorio y gritó y gritó hasta que la aterrada asistente tuvo que venir a echarle jarras de agua en la cara para callarla.

(Título original: “Kindly Dig Your Grave”. Publicado en 1970 en *Ellery Queen’s Mystery Magazine*, e incluido en antologías como *The Speciality of the House* –1979).